

hace giras por Estados Unidos, América Latina y Europa, que lo ponen en trance de escena global. Su paso a Sony Music marca un bajón progresivo hasta llegar a lo que hoy se puede considerar como una carrera que ya terminó.



El libro, en ocasiones, parece un *hit parade*: listas de discos grabados y números pegados sin mucho componente analítico, sólo algún amago de etnicidad y alteridad que no llega muy lejos. No se mete demasiado en la pequeña historia de cada número, excepto de refilón y siempre muy por encima. En la plaza de Ciénaga, por ejemplo, se dice que *Catalina del mar* no es nada de lo que dice el libro, sino un homenaje a la barranquillera Amira Palacio, negra y asesora jurídica de todos los músicos de la salsa, que murió ahogada en el Mar Caribe por esos mismos días. Lástima que no se hubiera detenido más en los chismes, porque esas son las cosas que la gente busca en textos de circulación masiva como éste. El libro está bien escrito, pero tiene un problema de salida: el autor es un fan del Joe sin que esto sea un defecto, porque fan del Joe lo somos todos, pero el amor ciego por su ídolo a veces lo hace perder distancia y objetividad. Creo que por eso abusa de la jerga y los lugares comunes del mundo salsero. Escribir con ese espíritu de fan hace decir cosas demasiado categóricas: “Joe Madrid, para muchos el mejor salsero que ha parido esta tierra” (pág. 49). No está ni tibio: se ve que nunca ha escuchado a Jay Rodríguez, saxo barranquillero residente en Nueva York que ha sido nominado tres veces al Grammy (el de verdad). Hay muchas cosas en este libro que pasaré por alto, pero hay una que se merece un comentario

duro: eso de decirle a un clásico de la música costeña como *Falta la plata* que es “un simpático chucu-chucu” es una falta de respeto. Es el problema de andar diciendo cosas al garete. De todos modos, el libro es importante porque abre la vía para la investigación sobre la vida y obra de Joe Arroyo.

ADOLFO GONZÁLEZ
HENRÍQUEZ

“Un conjunto de anécdotas...”

¡Baila, negro, baila!
Crónica de un salsero

Rafael Araújo Gámez
Universidad Libre, Cali, 2007,
164 págs.

Rafael Araújo Gámez, samario, es un conocido locutor deportivo que estudió derecho y reside en Cali donde colabora con la prensa hablada y escrita. Como sucede con frecuencia en el mundo de los medios de comunicación, el contacto directo con el lenguaje y las múltiples experiencias humanas lo ha llevado a incursionar en la literatura. Ha publicado un libro de poesías y tiene inéditos otro de poesías y uno de cuentos. Su incursión más reciente lo introduce en el campo de la novela con una obra sobre la salsa, o mejor, sobre el baile de la salsa.

Aquí se requiere un recuento histórico. En América Latina la salsa ha sido tema de literatura durante la segunda mitad del siglo xx. Alejo Carpentier, a quien se le suele mencionar en estos vecindarios, escribió novelas centradas en los procesos de mestizaje cultural que resultan muy útiles para captar elementos de tipo antropológico y sociológico. Son textos que tienen a la música clásica como protagonista del mestizaje, pero no escribió novelas sobre la música cubana o del Caribe, de la misma manera que su texto clásico

sobre la música en Cuba casi no se detiene en la música cubana. Vale la pena, en aras del recuento, mencionar a dos que no escribieron novelas, Nicolás Guillén y Luis Palés Matos, como homenaje a su impresionante capacidad de imprimirle ritmo y sonido al verso mulato. Ciertamente, la obra príncipe del campo es *Tres tristes tigres* (1967), novela excepcional de Guillermo Cabrera Infante, que no trata sobre salsa sino sobre música cubana, que no es lo mismo.



Vale un rodeo. La salsa es hija de la música cubana pero, como suele ocurrir entre parientes cercanos, con parecidos y diferencias que demandan precisiones. La salsa es música cubana (inicialmente son y guaguancó) interpretada a partir de la segunda mitad de los años sesenta por músicos neoyorquinos y puertorriqueños que utilizaban nuevos instrumentos y arreglos. Con desarrollos armónicos que la acercan al *mainstream*, a las corrientes principales de la música norteamericana. Como lo mostró César Miguel Rondón en su conocido libro (*El libro de la salsa*), la salsa se desarrolló en los escenarios callejeros de la gran metrópoli. De allí sus volúmenes y sonidos, propios para expresar esperanzas y ansiedades de seres ciudadanos y desarraigados. Con sus identidades múltiples y sus conflictos sociales. Se comienza a escribir sobre salsa propiamente dicha a partir de los años setenta coincidiendo con la bohemia contestataria de aquellos tiempos. La primera expresión de esto tuvo lugar en Colombia con la novela *Bomba camará* (1972) de Umberto Valverde, el primero de muchos tex-

tos literarios que este autor dedicaría a la salsa. Fue seguida en Puerto Rico con *La guaracha del Macho Camacho* (1976) de Luis Rafael Sánchez, y en Colombia por *¡Que viva la música!* (1977) de Andrés Caicedo, *Acelere* (1985) de Alberto Esquivel, *Los duros de la salsa también bailan bolero* (1987) de Laureano Alba. Podría extenderse esta enumeración para incluir otros autores colombianos y extranjeros. Entre todas estas obras sobresale la del caleño Andrés Caicedo, quien sistematizó a su manera la reflexión sobre “jóvenes desarraigados, apátridas a su manera, marginales dedicados lúcidamente al oficio de la autodestrucción, nostálgicos, felizmente autónomos para angostarse sólo para ellos. Y de telón de fondo, la ciudad [...] Salsita, twist, boleros, cantinas, sorbos espaciados, mujeres, escenitas!”. El nuevo Cali que surgía de los Juegos Panamericanos, sus conflictos y sus sonidos, la bohemia contestataria sin esperanzas, la droga y sus sin salidas como proyecto de liberación: “enrúmbate y después derrúmbate” de *¡Baila, negro, baila! Crónica de un salsero*.

Unas palabras sobre el perfil intelectual del autor: Araújo no pertenece a la misma generación de autores como Valverde y Caicedo. No perteneció al movimiento estudiantil de mediados del siglo xx. Su novela no tiene pretensiones literarias y filosóficas, ni hace apología de la bohemia ni el autor participó en el despelote. Es decir, en la locura disfrazada de política contestataria de los setenta. No hace experimentación lingüística, ni utiliza metáforas elaboradas. Es una novela muy diferente a todas las que se han mencionado anteriormente. Una novela con tema de baile, algo que hacía falta desde hace muchos años. Más precisamente desde los años setenta cuando surgieron bailadores de salsa en todo el país. Gracias en parte a los concursos que se hacían. Eran bailadores de características diferentes según las regiones. Los bailadores costeños se inclinaron hacia la fonomímica, apoyándose en las can-

ciones para hacer una semiología del cuerpo. Los estilos predominantes en Barranquilla destacaban la velocidad y el movimiento de piernas, y en otras partes de la región costeña sustituían la velocidad con figuras, ritmo y plasticidad corporal. Los de Ciénaga se especializaban en vistosas interpretaciones de Richie Ray y el mambo de Pérez Prado. En Cali predominaron los bailarines de la cintura para abajo y mucha marcación con el pie. Se concentraban en la pachanga y en números de salsa caleña. No hacían fonomímica y bailaban en parejas. No movían los hombros, en cambio los costeños sí. Todos los estudiosos del tema coinciden en que Cali es baile, la música es apreciada en tanto que hace bailar. La salsa caleña, y la salsa que gusta en Cali, existen porque se ajustan al estilo de baile caleño. Otra manera de decirlo: en Cali el baile es una obsesión ciudadana.



La novela trata de presentar la historia de uno de esos bailarines caleños, Beny Montenegro, emboador. Del barro en el barrio a la gloria y a Nueva York, el sueño de los negros de la costa Pacífica. Allí se encuentra con el mundo mágico: Humberto Corredor, Jerry Masucci, Polito Vega, la película *Nuestra cosa latina*, León Gast, desfilan por las páginas del libro aunque sin presencia real. Y de aquí al infierno sin resurrección visible. Es la historia mil veces contada: la creatividad que se pierde en el vicio. Los artistas que

se queman de tanto brillar. La narración tiene defectos: no hay construcción de personajes, ni mirada hacia el interior de Beny. Da la impresión de ser poco más que un conjunto de anécdotas yuxtapuestas. Muchas situaciones son poco reales. Por ejemplo, el episodio de cuando el empresario español le dice que va a tener una pareja de baile: no tiene sentido que, como lo presenta la novela, haya conflicto por eso si en Cali lo propio es bailar con pareja. Lo menos frecuente es bailar solo, que es lo característico de la región costeña, de donde es oriundo Araújo. La prosa es periodística, de gran sencillez. En sus páginas se percibe el combo, la gallada. No es pesada pero usa y abusa de la jerga popular, colinda con el folclorismo. Las mejores páginas están en la segunda parte, que son cartas desde Nueva York por el empresario español. Desafortunadamente la novela termina aquí, que es cuando debería comenzar de verdad. Siendo la primera vez que el negro sale de su solar nativo, aquí es cuando se comienza a percibir el choque entre Beny y el mundo moderno, su desmoronamiento paulatino ante la droga. Araújo pasa rápidamente por encima de esto, que debería haber sido el tema central de su trabajo. Inexcusable porque en su oficio principal, el de narrador deportivo, esto se ve todos los días: deportistas que surgen y caen instantáneamente bajo los golpes de la droga y el alcohol. Nuestro país ha sido pródigo en este tipo de cosas. La novela toca otro aspecto interesante, ligado al anterior. El de la mentalidad conflictiva de Beny, que es otra manera de decir, la mentalidad conflictiva de los seres marginados. No son, ni mucho menos, el “buen salvaje” roussonian sino la “bestia salvaje” freudiana, a medias domesticada por la cultura. Las pretensiones desmedidas de la bailarina novicia, que quería ganar lo mismo que su compañero consagrado, y lo desagradecido de Beny con quienes lo lanzaron a la carrera de bailarín exitoso, ilustran este punto. Es que ellos vienen de la informalidad, donde los

valores son desplazados por la oportunidad y el instante.

ADOLFO GONZÁLEZ
HENRÍQUEZ

1. Julio Daniel Chaparro H., "Libros que son eso, libros, y no son, ni remotamente, productos literarios", en Boletín Cultural y Bibliográfico, Banco de la República, Bogotá, vol. 27, núm. 22, 1990, pág. 116.

Libros para regalo

Caja de citas

Soledad Moliner

Aguilar, Bogotá, 2007, 208 págs., il.

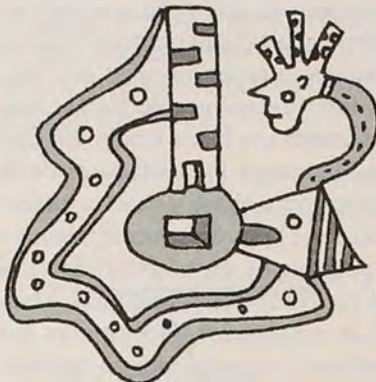
Los libros de obsequio (con motivo de las tantas fechas inventadas por los comerciantes) suelen ser superficiales y frívolos, en una presentación atractiva para su objeto. La industria editorial se sostiene por la demanda popular, orientada por el mercado, no por la crítica. Las obras serias e importantes quedan reservadas a la escasa minoría.

El volumen al que se refiere esta reseña fue pensado, calculado y compuesto para la medianía general, con 1.012 frases "ingeniosas, divertidas y pungitivas".

Por motivos obvios, las colecciones de frases han disfrutado siempre de buena acogida, tanto las de sentido trascendental como las humorísticas, entre las cuales la autora sitúa la suya, con el fin expreso de provocar "una buena carcajada" (pág. 10). "Pensamientos edulcorados con una cubierta de caramelo", dice en la página 9.

Excepto las frases propias incluidas al lado de los notables, las demás pertenecen al acervo general de la cultura, y por eso resulta extraña la prohibición del editor (pág. 6) para que nadie nunca más pueda volver a citarlas sin su permiso escrito, aunque sean de los reconocidos humoristas Shakespeare, Einstein, Nietzsche, Victor Hugo, Thomas

Mann, Bernard Shaw, Óscar Wilde y demás firmas universales. ¿Es que el editor, acaso, les solicitó autorización a ellos?



Las antologías de frases revelan al coleccionista y por tanto su cultura. Por eso se hace necesario advertir en algún párrafo inicial que se trata de alguien con muchos títulos para emprender tan vasto empeño.

Las frases relevantes suelen repetir viejas ideas en distinta forma. Los conocimientos básicos de la humanidad ni siquiera necesitan un manual. El interés está en el ingenio del sabio para condensar en locución sencilla y perdurable un juicio importante. Como en este final de un poema de Ernesto Cardenal en el volumen de la Unicef (852 páginas) *Las palabras pueden:*

*Los rectos pinos se iban de un
[lado a otro diciendo que no.
Pero los tamalcuahuis con sus
[hojas decían que sí.
Como la gente: unos dicen que
[sí y otros que no.*

Muchos buenos libros no se publican y desaparecen inéditos porque el autor no tenía el ánimo necesario para dedicarse a la lagartería, dado que los editores no están en condiciones de reconocer nuevos valores ni apostar por ellos ante la indiferencia de un público amaestrado.

Sea como fuere, si en un millar de frases resulta posible seleccionar medio centenar que avalen el trabajo realizado, sólo eso es suficiente para que un tomo más gane decoroso lugar en la sección *Miscelánea* de nuestras inclasificables bibliotecas.

El poeta se ubica muy por debajo del pintor en cuanto a la representación visible de las cosas; y muy por debajo del músico en cuanto a las cosas invisibles.

Leonardo da Vinci

Los escritores están un poco por debajo de los payasos, y un poco por encima de las focas.

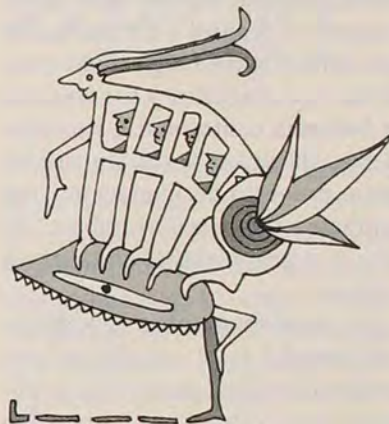
John Steinbeck

Si robas de un solo autor, es plagio; si robas de varios, investigación.

Wilson Mizner

La educación tiene por objeto que todos lleguen a robar libros de poesía.

César Fernández Moreno



Todos somos muy ignorantes. Lo que pasa es que no todos ignoramos las mismas cosas.

Albert Einstein

No deseo conversar con un hombre que ha escrito más de lo que ha leído.

Samuel Johnson

Un erudito lo sabe todo; un sabio, sólo lo esencial.

Millôr Fernandes

Un escritor es una persona para quien escribir resulta más difícil que para el resto de las gentes.

Thomas Mann

Estamos progresando: en la Edad Media me habrían quemado.